

## Cantó Primero.

Si mordeat serpens in silentio,  
nihil eo minus habet qui occulte  
detrahit.

ECCLÉS. X. II.

Allá en la densa espesura  
En cuyo seno anchuroso  
Con aliento de coloso  
El régio Atoyac murmura,  
Deslumbrante de blancura,  
Entre las frondas hundido,  
Está un hogar escondido  
Que se vé desde la loma  
Como cisne que se asoma  
Entre las hojas del nido.

Tierra encantada á fé mia,  
Donde Dios condensar quiso  
La sábia del Paraiso  
Y la paz del primer dia.  
No hay encanto ni armonía  
Ni sueño ó luz que en su anhelo  
No halle el alma en ese suelo,  
En ese rincon fecundo,  
Donde parece que el mundo  
Está á las puertas del cielo.

Entre bosques altaneros  
Do la mirada se pierde  
En luz vaporosa y verde  
Que filtran los limoneros,  
Se escapan do quier parleros  
Arroyuelos bullidores.  
Que irisa con mil colores  
La luz, á trechos fulgente,  
Entre la felpa turgente  
De los musgos y las flores.

Anchas grutas de ramaje  
Abre el manglar soberano,  
Del magnífico banano  
Bajo la pompa salvaje.  
Y de su altivo follaje  
Se desbordan caprichosas  
Olas de yedras y rosas  
Que las áuras estremecen,  
Y al columpiarse parecen  
Enjambres de mariposas.

Aquí, grandiosas naves  
De hayas que el heno festona,  
Y en cuyas copas se entona  
El concierto de las aves;  
Allí, colinas suaves  
De olorosos cocoterros  
Que crúzanse en mil senderos  
Y á cuya sombra dormitan,  
O como espumas se agitan  
Las manadas de corderos.

Y más allá el lago azul,  
Mudo, diáfano, dormido,  
En cuyas islas su nido  
Hacen las garzas, de tul.  
Bajo el umbroso abedul  
Nadan los cisnes de armiño,  
Y del fondo sin aliño  
Se vé tan claro el cimiento,  
Como se vé el pensamiento  
Tras las pupilas de un niño.

Hondos barrancos ostenta  
La madreSelva vestidos  
En cuyas rocas sus nidos  
El águila audaz sustenta;  
Cuando ruge la tormenta  
Y el huracán vuela ciego  
Sus alas levanta luego,  
Rompe turbiones y brumas,  
Y resbalan por sus plumas  
Los relámpagos de fuego.

Y allá en la densa espesura  
En cuyo seno anchuroso  
Con aliento de coloso  
El régio Atoyac murmura;  
Con varonil galanura,  
A sus tradiciones fiel,  
En medio de aquel vergel  
Que alumbra mi patrio sol,  
Levantó el génio español  
Una mansion digna de él.

Alberto, hora su señor,  
Lleno está de esa hidalguía  
Que ser proverbial solía  
En otro tiempo mejor.  
Caudillo á cuyo valor  
Ciñó mi patria un laurel,  
Rico y cristiano fiél  
A quien Dios conceder quiso  
Por cielo ese Paraíso,  
Y por ángel á Isabel.

Rubia como la mañana,  
Y como el lirio, gentil,  
En la azucena de Abril  
Bañó su faz soberana.  
Limpia su frente y galana  
Como el cielo azul del día.....  
¿Qué laúd traduciría  
La fé, la luz echicera  
Y toda esa primavera  
Que tras de su frente habia?

Entre sus lábios teñidos  
Por el nácar del granado  
Los ángeles han dejado  
Muchos besos adormidos.  
En luz divina encendidos  
Sus ojos de cielo están,  
Y derraman en su afán  
Esas miradas reflejos,  
Que vienen desde muy léjos  
Y á léjos, muy léjos van.

Diáfana es su alma, y al par  
Preséntala ese fondo intenso  
De lo diáfano en lo inmenso,  
Como en el cielo y el mar.  
Hay en ella el flamear  
Del relámpago lejano,  
Y en su mirar soberano  
Esa ondulación perdida,  
Tibia, azul, indefinida  
Que baña el ancho Océano.

Y hacen de aquesta mansion  
Un nido de amor sin nombre  
Aquel ángel y aquel hombre  
En perenne adoracion.  
Tan dulces las horas son  
De tan dichosos mortales,  
Hay tan dulces ideales,  
Tanto amor bajo aquel techo,  
Que cerca, muy cerca han hecho  
Las abejas sus panales.

Y pródiga la fortuna,  
Cuando está benigno el hado,  
En ese hogar encantado  
Quiso colgar una cuna.  
¡Oh dicha como ninguna!  
¡Oh amor, ó santo cariño,  
Que en una cuna de armiño  
Se ama así mismo encarnado,  
Y un cielo vé condensado  
En las sonrisas de un niño!

Cuando allí Isabel y Alberto,  
 Mudos junto aquella cuna,  
 Viendo á la luz de la luna  
 Las arboledas del huerto,  
 Oían el aliento incierto  
 De la niña que dormía  
 Y el aletear fingía  
 De auras cargadas de aromas,  
 O secreteo de palomas  
 Cuando va á apagarse el día,

Se elevaba el alma á Dios;  
 Porque solo Dios pudiera  
 Fundir de aquella manera  
 En un sér almas de dos.  
 Dios es Trino porque es Dios,  
 Porque es amor y poder,  
 Y el hombre no pudo ser  
 Su imágen, sino hasta el día  
 En que un hijo recibía  
 De brazos de la mujer.

A cada risa ilusoria  
 De esos lábios inocentes,  
 ¡Qué chispear en sus frentes  
 Relámpagos de una historia!  
 Cada caricia, ¡Qué gloria!  
 Cada plática, ¡Qué encanto!  
 Y ¡Qué dolor, qué quebranto,  
 Qué pena tan sin consuelo,  
 Si á aquellos ojos de cielo  
 Cubría una gota de llanto!

Así pasaban las horas  
 Que amor y virtud manaban,  
 Horas que se deslizaban  
 Serenas y arrobadoras.  
 ¡Feliz, para quien las horas  
 De amor en la juventud  
 Se deslizan con quietud,  
 Como la garza en el río,  
 Como en la flor el rocío,  
 Como en la fé la virtud!

Y llegó por fin el día  
 En que confuso é incierto  
 Escuchó su nombre Alberto  
 En los lábios de María.  
 Iba á exclamar: ¡Hija mía!.....  
 Mas nada su labio dijo;  
 Pues lo ahogó el regocijo,  
 O ese algo inmenso y sin nombre  
 Que se levanta en el hombre  
 Al llamarle, PADRE, un hijo.

Oyólo Isabel, y en tanto  
 Devoraba casi loca  
 A besos aquella boca,  
 Llenos los ojos de llanto.  
 ¡Quién midiera aquel encanto!  
 Quién los suspiros opresos  
 Que exhalaba en sus excesos!  
 Quién comprendiera á Isabel  
 Entre el escándalo aquel  
 De lágrimas y de besos!

Tal era el hogar dichoso,  
 Tal el sueño de ventura  
 Que arrullaba en la espesura  
 El Atoyac caudaloso;  
 Tal era el nido amoroso  
 Que el mismo cielo apiñaba  
 Donde la dicha anidaba  
 Donde anidó la belleza,  
 Que es el jardín donde empieza  
 Todo abismo que no acaba.

Cuando lanzo mi memoria  
 Hacia aquel tiempo bendito,  
 Y en aquel hogar medito,  
 Y pienso en aquella gloria;  
 Cuando refiero esta historia  
 De belleza é idealismo,  
 Llego á pensar así mismo  
 Que está en el destino humano,  
 Como está en el Oceano  
 Bajo lo bello, el abismo.

## II.

¿En dónde está Dios mio,  
 El rincón suspirado á do no llegue  
 El soplo corruptor del mundo impío?  
 ¿En dónde, en dónde brota  
 Un néctar en la vida que no lleve  
 Escondido el veneno en cada gota?  
 ¿En dónde está ese bosque apetecido  
 A do el buitres voraz nunca llegara

Y libre el alma se tegiera un nido?  
 ¿En qué desierto hallara  
 El hueco de una arena donde su honra  
 Y su virtud incólume guardara?

Mas si en el pólen de la flor losana  
 Nace el reptil que roerá su tallo  
 Bajo risueños pétalos de grana,  
 ¿Que extraño que en el seno  
 De la belleza y la ventura humana  
 Respire el áspid y fermente el cieno?  
 Así de Alberto en el hogar dichoso  
 Se deslizó un reptil cual se desliza  
 El miasma entre las alas de la brisa.

## III.

“¡Me parece locura!”  
 Impaciente Alberto repetía,  
 Cuando al subir tenaz la calentura  
 Que á Isabel afligía,  
 Esta á su vez decía:  
 “Me parece que el mal no tiene cura”  
 Y en tanto Alberto con afán desea  
 Que se llame á un *doctor que hace milagros*  
 En la vecina aldea,  
 Es notable el empeño  
 Con que Isabel se opone á que le llame;  
 Entre dientes diciendo: “¡Aquí ese infame!”  
 Pero Alberto replica y mas replica,  
 Pues de Isabel la terquedad se explica,  
 Por esa propension constante y fuerte

En el que sufre con valor escaso,  
De no darle á su caso  
Los terribles contornos de la muerte.  
Y sin querer oír los argumentos  
Que Isabel amontona uno tras otro,  
Montó en su régio potro  
Y partió más ligero que los vientos.

## IV.

Despreciador vulgar de la conciencia,  
Vil engendro del vicio y del cinismo,  
Uno de esos que adulan con la ciencia  
Al villano y procaz materialismo;  
Uno de aquellos mil cuya presencia  
Anuncia como el vértigo el abismo;  
A quienes Satanás no es comparable  
Que réprobo es Satán, no miserable;

De esos que están de su ignominia llenos;  
Una de esas esponjas que el pecado  
Empapó en todo crimen, sin que al ménos  
Un poro á la virtud haya dejado;  
De esos que tanto más duermen serenos  
Cuantas más inocencias han manchado,  
Y con manos leprosas, negras, duras,  
Siembran por donde pasan desventuras;

Viperino mirar, sonrisa fria,  
Insolente cabeza dura y vana,  
Que el calor irritante de la orgía  
Dejó desnuda en parte, en parte cana;

Frente que el vicio marchitado habia,  
Boca que desecó la fiebre insana,  
Alma podrida, corazón de cieno  
Cuanto lejos de Dios, de crimen lleno;

Modelo de esa audaz galantería  
Que es lujuria ante el ídolo enflorada;  
Cortés con la melosa cortesía,  
Ese barniz del alma degradada.  
Cuanto gentil y seductor de día  
A oscuras monstruoso; regalada,  
Dulce torcaz en el salón dorado,  
Buitre de la honra en el hogar sagrado;

Tal era aquel reptil á quien amante,  
Veloz como el relámpago del cielo  
Iva á buscar Alberto en ese instante,  
Por llevar á su hogar vida y consuelo.  
Pálido el rostro, el pecho palpitante,  
Casi ni toca en su carrera el suelo,  
Lleva la rapidez siempre creciente  
Con que al abismo avanza la corriente.

Ciego el raudo corcel como el destino  
Cruzaba pedregosas las llanuras,  
Erizando de chispas el camino  
Al choque de sus broncas herraduras.  
Llegó á la aldea, atravesó sin tino  
Por entre calles lóbregas y oscuras,  
Y al detenerle en su carrera Alberto,  
Convulso el potro desplomose muerto.

## V.

Vino el doctor y declaró al momento,  
De acuerdo con el negro pensamiento  
Que revestir del disimulo sabe,  
Que el caso era muy grave.

Diagnosticó una *tisis galopante*,  
Y vertiendo al instante  
Un torrente de frases troqueladas  
En el gran tecnicismo, frases bellas  
Que habla el sabio en las aulas  
Y el charlatan y el necio fuera de ellas,

Después de una hora horrible  
De torturar á Alberto con la ciencia,  
Logró que se creyera indispensable  
Ahi, y á cada instante su presencia.  
Pues cuidó de explicar en el conjunto,  
Y en lenguaje profano y de gran peso  
Que podia acontecer á cada punto  
Algun mortal acceso.

Asi es que de plegarias obligado  
Y del doliente ruego  
De aquel marido cual su pena ciego,  
Regiamente el doctor instalado.

Y desde aquel momento,  
De acuerdo con su negro pensamiento,  
Cual suele suceder en éstos casos,  
Por todas las ventanas de su estancia  
Observaba los pasos  
Del esposo aflijido,  
Por ver si se alejaban á distancia.

Pero Alberto fiel cuanto angustiado

Parecia arraigado  
Como encina vetusta al pavimento  
Del sombrío aposento  
En que el alma de su alma se moria.

Por fin, una mañana  
En que el sol las montañas revestia  
Con túnica gentil de ardiente grana,  
Cediendo á ese deber siempre inclemente  
Que es cilicio sangrador del alma,  
El jóven se alejó; mas no bien hubo  
Cruzado el ancho puente,  
El demonio latente  
Que contaba sus pasos uno á uno,  
Vió el momento oportuno.....

Presuroso llegóse al aposento,  
Y penetró con la infernal blandura  
Con que el demonio llega al pensamiento  
A despertar la tentacion impura.

## VI.

Llega junto al blanco lecho  
De la enferma aquel reptil,  
Como se acerca al redil  
Voráz el lobo en acecho;  
Bate azaroso su pecho  
Ese bronco palpitar  
Del ladron que va á robar,  
Pues empuñó en su demencia  
La ganzúa de la ciencia  
Para forzar el hogar.

Su mirada de luzbel,  
Rojiza, vivaz, incierta  
Atento fija en la puerta  
Que habia cerrado tras él.

Los ojos cerró Isabel  
Como quien duerme ó medita,  
Frio sudor se precipita  
Por sus miembros doloridos  
Y en vuelcos, que no en latidos  
El corazon le palpita.

—¿“Dormis?” dijo al fin convulso...

—“No”.

—¿“Sufris?”

—“Un poco más.”

Y avanzando el Satanás  
Agregó: —“Prestadme el pulso.”  
Sintió Isabel el impulso  
Del tigre al acometer,  
Porque Dios quiso poner,  
Para gloria de Si mismo  
El instinto del abismo  
Ahí do ha puesto el deber.

—“No os he llamado, en verdad,

Y así, volveos doctor,  
Os lo pido por favor.”

—“Oídme, Isabel.....”

—“¡Callad!

Y mirad, doctor, mirad  
Que no os lo pido, os lo mando.  
Mi hija duerme aqui, y hablando  
Estais así, no entendiendo

Que do está un niño durmiendo,  
Debe estar la madre orando.”

—“Escuchadme aun.....”

—“Pues bien,

Me iré yo,” con entereza  
Dijo, irguiendo la cabeza  
Y refulgente su sien.  
Y llamó á Dios en su bien  
Con oracion sacrosanta,  
Porque una alma pura y santa,  
Como el águila caudal  
Al rugir el vendabal  
No se asusta, se levanta.

—“Os adoro” al fin rugió,

E Isabel con mano fria  
Las dos puras de María  
Contra su pecho oprimió.  
Mirólo y enmudeció.  
Que aunque á la virtud dispute  
Satan cuanto bien disfrute,  
Existe un escudo eterno  
Para vencer al infierno,  
La virtud que no discute.

Y una mirada al precito  
Arrojó, de esas que ciegan,  
De esas inmensas que llegan  
Hasta el fondo del delito.  
Con el tormento infinito  
Del orgullo al quebrantarse,  
Como leño al desgajarse  
Crujió su cerebro ardiente,



Y al fin bajando la frente  
Se volvió para alejarse.

Avanzaba ya el Luzbel,  
Pero erguirse no podía,  
Que por la espalda sentía  
La mirada de Isabel.  
Al cabo cruzó el dintel,  
Volvió la faz demudada  
Hacia atrás, y aun enclavada  
Sentía su alma el impuro,  
Cual si atravesara el muro  
Aquella inmensa mirada.

Llego á su estancia, el latir  
Queriendo acallar del pecho;  
Se arrojó sobre su lecho,  
Y rugió esta frase: "*¡A herir!*"  
¡Oh! ¡Quién pudiera medir  
Su tortura cual no hay dos.....?  
Si aunque de su gloria en pos  
Dios hizo un castigo eterno,  
Quien hizo al infierno, infierno,  
Fué la soberbia, no Dios.

Medita.....y con ambas manos  
Bate su frente de fiera,  
Como si apagar quisiera  
Aquel herbor de gusanos.  
Cuando al fin á los arcanos  
Penetrar del crimen pudo,  
Cesó aquel combate rudo,  
Quedó inmóvil, casi muerto.....

Que el crimen es cual desierto,  
Mientras mas hondo, más mudo.

.....  
.....  
¡La muerte?—No, que podría  
Dejar su sangre una huella,  
¡La locura?—No, que en ella  
Quizá feliz se hallaría.  
Y el cadáver de Maria  
Cruzó su mente infernal;  
Mas no, el buscaba un puñal  
Invisible en su delito,  
Impune, cuanto maldito,  
Cobarde, cuanto mortal.

.....  
Envuelta en el manto austero  
De la verdad adorada,  
Con la máscara calada  
Del juez recto y justiciero;  
Empuñando el falso acero  
De la vindicta social,  
Tal la calumnia infernal,  
Tal la calumnia maldita  
Ante el doctor que medita  
Se presenta en el umbral.

Avanza, y dejan sus pies  
Quemaduras por do avanza,  
Huellas que el hombre no alcanza  
A borrar nunca despues.  
Mira, y basilisco es;  
Habla, y muevense en su boca  
Mil lenguas con ansia loca;

Hiere á oscuras en su anhelo,  
Y se resbala cual hielo,  
De la mano que la toca.

Su siniestra ostenta armada  
De un puñado de reptiles  
Negros, vivaces, sutiles,  
Que arroja como *avanzada*.  
La *envidia* nunca domada,  
La *ingratitude*, siempre impia,  
La cobarde *hipocresía*,  
La que se ciñe y se eleva  
A la cruz, y le habla á Eva  
Cual desde el manzano, un día.

Y erizanse deslumbrantes  
A ambos lados de su espalda  
En vivas quiebras de gualda  
Dos relámpagos vibrantes.  
Cruza en ellos por instantes  
Mas veloz que el pensamiento  
Las ciudades al momento,  
Deslumbra como el deleite,  
Se extiende como el aceite,  
Y se filtra como el viento.

Y, ¡Oh prodigio singular!  
La aborrece el corazon  
Y en todos halla un rincon,  
¡Que digo! un trono, un altar.  
Jamás se la vió llamar  
Aun corazon sin que no  
Se abriera al decir: "*soy yo*."  
Es que la primer mujer

Abrió su pecho á este ser  
Cuando á Dios se lo negó.

Miro al doctor, sonriente;  
Era amigo viejo y fiel,  
Y al verla á sus puertas él,  
Corió á besarla en la frente,

.....  
Moria el sol en Occidente,  
Lanzaba el lobo su grito  
En el desierto infinito;  
El huracan rebramaba,  
Y el raudal se avalanzaba  
A los muros de granito.